

esos nuevos cristianos, nacidos de ayer, convertirse de súbito en héroes parecidos á los que llama la Escritura el Leon de la tribu de Judá, y el Cordero de Dios. Algunos rasgos darán á conocer su semejanza.

CAPÍTULO XII.

Continuacion del precedente. — Japon.

Un noble rico y poderoso, bautizado desde poco tiempo, hizo publicar en sus dominios que castigaria severamente al que siendo interrogado si era cristiano, ocultase la verdad. Otro, sabiendo que no se atrevían á ir á su casa á apoderarse de su persona, fué á presentarse sin séquito al gobernador de Meaco, llevando de la mano un niño de diez años, y su mujer una tierna niña en brazos. Un pariente de Tayco-Sama, á quien este Príncipe habia dado tres reinos, fué á encerrarse en la cárcel de los misioneros para no perder la ocasion de morir con ellos. Se halló un dia á la reina de Tango, célebre por su conversion y sufrimientos, trabajando ella y sus hijas en hacerse magníficos trajes para presentarse con mas pompa el dia de su triunfo, como ellas lo llamaban.

Por do quiera se hallaban gentes de todas las clases de la sociedad, ocupadas en no dejar pasar el momento favorable de confesar á Jesucristo delante de los oficiales del Emperador. Las mujeres de alta clase se reunian en las casas en que creian que podian ser mas fácilmente descubiertas, y hubo en Meaco una jóven señora que pidió á sus compañeras que si la viesen temblar, la arrastrasen por fuerza al lugar del suplicio. En una palabra, la gran ocupacion de los fieles era la de procurarse medios para obtener el martirio. Con frecuencia, la sola vista de la alegría con que se preparaban á la muerte inspiraba los mismos sentimientos y el mismo ardor en aquellos en quienes la gracia no habia obrado aun con toda su fuerza. Citarémos solo un ejemplo, que servirá para conocer en qué admirable disposicion se hallaban entonces todos los Cristianos.

Un señor de Bungo, llamado Andrés, sabiendo que se formaba la lista de los Mártires, manifestó suma alegría. Dijo públicamente que no se le podia disputar la honra de ser inscrito en ella. Se hizo

lo que deseaba, y trabajó en seguida para procurar la misma felicidad á toda su familia. Vivía aun su padre, que tenia ochenta años de edad, y que solo llevaba seis meses de bautismo. Temió que este anciano, que en una tan avanzada edad conservaba aun todo el vigor de la juventud, y que habia pasado toda su vida por uno de los mas bravos guerreros del Japon, no hubiese conocido aun la verdadera grandeza de la dulzura y la humildad cristiana. Creyó, pues, que lo mas prudente era determinarle á retirarse á alguna casa de campo, á donde seguramente no irían á buscarle.

Va á verle, y le pregunta si está bien persuadido de que nada podia haber mas glorioso para un cristiano que morir por su Dios: «Sí, hijo mio, lo sé; y si es bello morir por su príncipe, con mayor razon lo es morir por su Dios, y por un Dios que ha dado toda su sangre por nosotros. — Pero, padre mio, repuso Andrés, hay en esto una diferencia que acaso vos no conozcais aun: cuando se muere por Dios, es preciso recibir la muerte sin defenderse. — ¡Sin defenderse, contestó montado en cólera el anciano, y dejarse matar como un cobarde! Hijo mio, anda á inculcar estas máximas á otros. Quiero defenderme y defender á los Padres que nos han instruido. Y tira del sable, y teniéndolo en la mano: «Vamos, dijo, á casa de nuestros amigos; si se acercan los soldados, derribaré seis ú ocho á mis piés, y si sucumbo combatiendo por la buena causa, enhorabuena, seré mártir. — Padre mio, replicó Andrés, no es este el espíritu del Cristianismo. «Creedme, no hay necesidad de presentarse á la muerte; á veces la prudencia exige evitarla, y el Salvador lo ha recomendado así á sus discípulos. Tengo un hijo demasiado jóven; retiraos con ese niño, única esperanza de nuestra raza. Yo me quedaré con los Padres, y moriré en su compañía. — ¿Cómo, contestó el anciano, cómo te atreves á hacerme semejante proposicion? ¡Bello sería verme temer la muerte á mi edad, despues de haberla arrostrado tantas veces en los combates! No, no, no huiré. Se me hallará en guardia, y cortaré la cabeza á los primeros que se dirijan contra los Padres y contra mí; y si muero cumpliendo con mi deber de hombre de honor y cristiano, lo repito, seré mártir voluntariamente, pero como conviene serlo.»

Entra lleno de emocion á la habitacion de su nuera y la encuentra ocupada en hacerse trajes decentes. Ve al mismo tiempo á los

criados y á los niños que se apresuran á preparar, quien su relicario, quien su Crucifijo. Pregunta la causa de este movimiento, y se le contesta que se preparan al combate: «¿Qué armas son estas, y qué especie de combate, exclama? Acércase á la jóven: «¿Qué haces ahí, hija mia, la pregunta? Arreglo mis vestidos para ir mas decente cuando se me pondrá en la cruz; porque se asegura que se va á crucificar á todos los Cristianos.» Contestó con un aire tan dulce, tan tranquilo, tan contento, que desarmó á su suegro. La contempló algun tiempo en silencio; y como si saliese de un profundo sueño, tiró sus armas, y cogiéndola por las manos: «Está resuelto, dijo, quiero dejarme crucificar con vosotros¹.»

La constancia de esos sublimes cristianos no se ciñó á inútiles protestas, ni á vanos preparativos, y el mismo sexo débil fue quien obtuvo el honor de entrar el primero en la liza.

Una doncella de sangre noble cayó en poder de un furioso tirano. Cuanta constancia pudo inspirarla el mas heróico valor contenido por la gracia, la desplegó para alcanzar una primera victoria sobre las brutales pasiones de su verdugo. Viendo este inútiles las promesas, empleó las amenazas. Vencido de nuevo, recurrió al tormento. Entonces se convirtió en rabia la pasion de ese bárbaro; llevó la heroína á la plaza en que se acostumbraba hacer morir á los criminales, y la dió de puñaladas con su propia mano².

Dos de los principales nobles del reino de Fingo, llamados Juan y Simon, fueron condenados á muerte. Hiriendo á sus cortesanos, el tirano creía intimidar á todos sus súbditos. Lo que sobre todo le irritaba, era que las mujeres de esos nobles y la madre de Simon eran las primeras en exhortarles á mantenerse firmes en la fe que habian abrazado. Así es que fueron condenadas tambien al suplicio de la cruz.

Por su parte no bien hubo sabido Juan su condena de muerte, partió al punto para la aldea en que debia ser ejecutado. Al llegar á ella se dirigió al Gobernador, que era su amigo y que hizo todos los esfuerzos para quebrantar su constancia. Ese oficial invitó á su amigo á comer, y llamándole aparte despues de la comida, le enseñó la sentencia de su muerte firmada de mano del

¹ Charlevoix, t. II, lib. X, pág. 33.

² Charlevoix, t. II, lib. X, pág. 35.

mismo Rey. «Todavía podeis conjurar la tempestad, le dijo, pero «no hay tiempo que perder.» Juan le contestó: «Hubiese deseado «que el Rey mi señor hubiese puesto mi fidelidad á cualquiera «otra prueba. Estoy pronto á sacrificar mis bienes y mi vida en «su servicio, pero mi primer señor es Dios. Le debo obediencia «antes que á todos, y considero como mi mayor felicidad poder «derramar mi sangre por la gloria de su nombre.» El Gobernador comprendió que insistir en vano, y mandó llevar á su amigo á una habitacion en la que le cortó la cabeza. Este generoso cristiano murió el dia 8 de diciembre de 1602 á los treinta y cinco años de edad.

El mismo dia partió el Gobernador despues de haber participado á Simon que deseaba tener una conversacion con él en presencia de su mujer y de su madre. Se dirigió en efecto á su casa, y no bien le vió, asomaron las lágrimas á sus ojos. Enternecido Simon no pudo contener las suyas, y permaneció algun tiempo sin poder hablar. Habiendo llegado entonces la madre de Simon, llamada Juana, díjole el Gobernador: «Debo ir en seguida á dar cuenta «al Rey de la disposicion en que halle á vuestro hijo. Cuento con «vuestra prudencia. Yo no dudo de que le daréis los saludables «consejos que necesita, y que conseguiréis vencer su obstinacion «en insistir abrigando sentimientos que el Príncipe reprueba. — «Nada tengo que decir á mi hijo, contestó la virtuosa madre, sino «que no se compra demasiado cara la felicidad eterna. — Pero, «replicó el Gobernador: Si no obedece al Rey tendréis el disgusto «de ver cortar su cabeza. — ¡Plegue al Dios que adoro, añadió la «noble señora, que pueda mezclar mi sangre con la suya! Si que- «reis interesaros para que se me procure esta felicidad, me haréis «el mayor servicio que pueda aguardar del mejor de mis amigos.»

Sorprendido el Gobernador de esta respuesta, creyó que conseguiria mas fácilmente su objeto separando á Simon de su madre; pero todo fue inútil. Cansado en fin el Gobernador de sus infructuosas tentativas, le envió por la tarde uno de sus parientes para comunicarle su sentencia de muerte y para que él mismo la ejecutara. Simon la recibió como hombre que la esperaba con la mas viva impaciencia. Se retiró un momento á orar, y despues pasó al cuarto de su madre, y en seguida al de su mujer, para participarles la feliz noticia que acababa de recibir. Estas dos heroínas, que se

hallaban en cama, se levantaron al punto, y sin que apareciese en su rostro la menor emocion, se pusieron á preparar ellas mismas las cosas necesarias para la ejecucion, de que, segun la sentencia, debian ser testigos. Simon por su parte dispuso tambien de sus asuntos con igual tranquilidad.

Hallándose todo pronto ya, Inés se acercó á su marido, se echó á sus piés, y le rogó que le cortase los cabellos, porque estaba dispuesta á renunciar al mundo si no se la hacia morir despues de él. Simon resistió por algunos momentos; pero suplicándole su madre que la diese este último gusto, hízolo así. Despues de haber abrazado el santo Mártir á su madre y á su mujer, despidió y recompensó á sus criados, se recogió un instante á los piés de un Crucifijo, y despues presentó su cabeza al ejecutor, que la cortó de un solo golpe, el 9 de diciembre, dos horas antes del día.

Las dos mujeres, que habian tenido el valor de presenciar hasta el fin esta sangrienta escena, tuvieron tambien la fuerza de permanecer junto al cuerpo, tomar entre sus manos la cabeza del Mártir, abrazarla, y, presentándola al cielo, rogar al Señor que por el mérito de esa preciosa muerte quisiese tambien aceptar el sacrificio de sus vidas. Pasaron en seguida á un gabinete donde emplearon el día en la oracion, pidiendo á Dios la gracia del martirio.

Por la noche fueron agradablemente sorprendidas al ver entrar en su casa á la viuda de Juan, que se llamaba Magdalena, con su hijo llamado Luis, su sobrino y su hijo adoptivo. Magdalena les anunció que debian ser crucificadas las tres y su hijo aquella misma noche. Esta noticia las llenó de un gozo tal, que estuvieron por algun tiempo como fuera de sí mismas; vueltas en sí, rompieron en acciones de gracias al Señor. El niño Luis tenia el rostro resplandeciente de contento, y supliendo la gracia á la razon, habló de una manera arrebatadora sobre la felicidad de derramar su sangre por Jesucristo.

Se aguardó que fuese de noche para llevarlas al suplicio. Entonces se las puso en literas para ahorrarlas la fatiga del viaje y la vergüenza de estar expuestas á los insultos del populacho. Esta era acaso la primera vez que se castigaba con ese suplicio á personas de tal categoría; pero las humildes siervas de Jesucristo no se lamentaron sino de las consideraciones que se las guardó, y la madre de Simon rogó que se la hiciera la gracia de clavarla en su

cruz, para mejor parecerse, decia ella, á su divino Salvador. Los verdugos la contestaron que no tenian esta órden, y que era cosa que no dependia de ellos. Se contentaron, pues, con atarla, y en seguida levantaron la cruz. Viendo delante de ella esta ilustre matrona una gran multitud que, á pesar de la oscuridad de la noche, habia ido á presenciar aquel espectáculo, habló con mucho fervor sobre la falsedad de las sectas del Japon. No habia concluido aun, cuando la hirió un golpe de lanza, bien que ligeramente; pero el verdugo repitió el golpe y la pasó el corazon.

En seguida fueron atados Luis y su madre, y levantados uno frente al otro, mientras que Magdalena exhortaba á su hijo, en quien no se notaban otros movimientos que los de una piedad angélica. Queriendo herirle un verdugo, le faltó el golpe por haberle caido la lanza. Temiendo su madre que se espantase, le gritó que invocase á Jesús y María. Tranquilo Luis como si nada hubiese acontecido, hizo lo que su madre le decia; y recibió un segundo golpe, del cual murió en el acto. No bien hubo el soldado retirado la lanza de la herida del hijo, cuando la hundió en el seno de la madre. Quedaba la virtuosa Inés; su juventud, su belleza, su dulzura y su inocencia, enternecieron hasta á los ejecutores. Estaba arrodillada orando al pié de su cruz, y nadie se presentó para atarla. Se apercibió de ello, y para mejor alentar á los soldados, se colocó ella misma sobre esa madera fatal del mejor modo que le fue posible; pero la gracia y modestia que descubrió en esta ocasion acabó de conmover el corazon de los mas insensibles. En fin, llevados algunos miserables de la esperanza de ganar algun dinero, la sirvieron de verdugos; y como que no sabian manejar la lanza, la dieron infinidad de golpes antes de hierla de muerte. Todos sufrían á la vista de esta carnicería, y poco faltó para que se echasen sobre esos miserables y los hiciesen pedazos. Solo la víctima parecia insensible: no cesó de bendecir á Dios, y de pronunciar los nombres de Jesús y María, hasta que fue herida en el corazon¹.

Con la misma serenidad, con el mismo valor, con la misma dulzura, perecieron millares de Mártires en todo el reino del Japon. ¡Ó profundidad de los juicios de Dios! Esta nacion elevada de súbito de la degradacion pagana al heroismo de las mas puras vir-

¹ Charlevoix, t. II, lib. X, pág. 90.

tudes, no ha sabido conservar el principio regenerador. La luz del Evangelio se ha extinguido, y el Japon ha recaído en las tinieblas de la noche. En el momento en que escribimos estas líneas, reinan de nuevo en él la muerte, la exposicion, la venta de los niños, el envilecimiento del ser débil; en una palabra, todos los vergonzosos y sangrientos desórdenes que el Cristianismo habia arrojado de esta privilegiada tierra. Así, la historia de la familia japonesa es el vivo resumen de la historia universal de la sociedad doméstica, antes, durante, y despues del reinado de la Religion. ¡Ojalá que la tan pura sangre de sus Mártires pueda alcanzar misericordia para esta porcion, en otro tiempo tan floreciente, del reino de Jesucristo! El dia en que la Cruz, que desde tantos siglos se está hollando, será repuesta en triunfo sobre su pedestal, ese dia será el comienzo de una nueva era de felicidad, de virtud y de verdadera civilizacion para esa infortunada tierra.

CAPÍTULO XIII.

Historia de la Familia en Asia, Tartaria, Persia, Armenia, Turquía.

Terminemos nuestro segundo viaje al rededor del mundo, por el Asia septentrional. Allí fue la cuna del género humano; allí fueron proclamadas las santas leyes de la familia. El Eterno mismo ha hablado; pero ¡ah! los ecos de la tierra del Eden desde largo tiempo no repiten sus palabras; la voz de las pasiones se ha hecho oír; ella ha dominado la voz de Dios; y el hombre se ha hecho carne, y la sociedad doméstica, no menos que la sociedad política, se ha degradado bajo el vergonzoso yugo del despotismo y del sensualismo.

Todas las hediondas llagas de la familia antigua, la poligamia y el concubinage ilimitado, se hallan entre los tártaros idólatras. Los tártaros mahometanos tienen leyes que limitan el matrimonio á ciertos grados; pero los paganos pueden desposarse con sus mas próximos parientes, menos con su sola madre. Y es probable aun que sea la edad, mas bien que otra consideracion, la que los detenga en este punto. Sobre esta restriccion de las uniones mahometanas, harémos notar la secreta influencia del Cristianismo hasta sobre los pueblos no cristianos. Es sabido que hay en el Alcoran

mas de una prescripcion tomada del Evangelio. Bien que abogadas en un mar de fábulas absurdas, estas bienhechoras verdades influyen sobre alguna parte de las costumbres mahometanas, á la manera que llegado el sol al horizonte alumbra aun la elevada cima de las montañas.

Por una contradiccion extraña de que apenas se halla ejemplo sino en los antiguos persas, los elutas practican el matrimonio en el primer grado de consanguinidad en linea directa. El divorcio se verifica naturalmente á cuarenta años, y las mujeres, vergonzosamente humilladas, se convierten en criadas de sus rivales. Así tambien los hijos, que respetan á su padre, en quien reside un poder despótico, desprecian á su madre que ven tratada con tanta ignominia¹. No os asombreis de hallar en semejantes naciones costumbres feroces y la carencia de luces y civilizacion.

Sus vecinos, los tártaros del Daghestan y de Nogay, así como tambien los circasianos, huellan de una manera no menos indigna las mas santas leyes de la naturaleza y de la familia. Su codicia es tanta, que con frecuencia hacen la guerra con el exclusivo objeto de conquistar esclavos y venderlos despues como bestias de carga. En esto imitan á la mayor parte de los grandes pueblos de la antigüedad, cuyo pomposo elogio no se nos cesa de hacer, despues de habérsenos condenado á releerlo en prosa y en verso. Pero lo que distingue tristemente el pueblo de que hablamos, es que á falta de otros esclavos venden sus propios hijos, y hasta sus propias mujeres por poco que les disgusten². Esta doble costumbre subsiste todavía hoy. Todos los periódicos han contado que despues de la última guerra entre los circasianos y los cosacos, se puso á los prisioneros á pública subasta: las mujeres se vendian á veinte y cinco y treinta rublos, algo menos que un caballo; los circasianos vendian al mismo tiempo sus hijos á los extranjeros, sobre todo á los persas y á los turcos.

En las mismas regiones, en medio de las mismas montañas, viven otras tribus sometidas á Rusia. Vamos á ver cuán incapaz es el cisma moscovita, á pesar del fanatismo de su jefe, de suavizar la costumbre de los bárbaros. No, mil veces no; las sectas sepa-

¹ *Hist. de los turcos, los mogoles y los tártaros*, compuesta segun las notas de Bentink, t. II, pág. 403.

² *Hist. de los turcos, los mogoles, etc.*, t. I, pág. 412.